

Mire Madame

*Graciela Rahman**

MIRE MADAME, usted va a llegar dentro de media hora y yo aún no he acabado de estudiar la sonata. Tengo los dedos engarrotados y demasiado frío. No quiero exagerar, pero tiemblo bastante con su muerte. Tendríamos, podríamos, deberíamos sentarnos a charlar de cualquier cosa. Yo le diría, por ejemplo, que la imagino adentro de su casa, desparramada en su cama que no conozco pero que intuyo demasiado grande para usted sola, demasiado sola para sus sueños rojos; la sábana mojada de llantos sin destinos, las piernas temblorosas, los túneles vacíos. Su cama, un templo antiguo, con una diosa mora, irredimible y sola. Usted desparramada, con un camisón de señora con pretensiones, transparencias barrocas e irritantes, un escote que balbucea los pechos sin decirlos y una hemorragia de humedades indóciles que me obliga a lamerlas hasta el fondo. Basta. Me repta un renacuajo en la garganta y me dan ganas de querer morirme. Mejor la mato a usted, es más seguro para no evadir el compromiso impostergable de matar a alguien. Mire, madame, usted tiene un camisón de voile, está leyendo una novela policial de la serie negra, yo salto por la ventana de su pieza y la acabo en el tiempo liviano y elegante de siete minutos. La acabo, es decir, la destrozo, señorita profesora, la rompo como un fino cristal, de un garrotazo. Punto final, publíquese y archívese. Mire, madame, usted con sus cuarentaytantos, yo con mis diez y nueve podría ser su hijo o su joven amante, su juguete nuevo, su galán secreto, su bebé esperado, su imbécil de turno, su espejo, su ensueño, su bufón, su esclavo, su espina a la orden, sus globitos de oro, su todo, su nada, su alumno de piano. O quizá —¿por qué no?— aun probable, posible, plausible asesino. ¿Me entiende, madame? Su brutalmente enamorado asesino. ¿Viste, mamita, qué cuento te cuento?

* (†) Profesora-investigadora. Departamento de Educación y Comunicación, UAM-Xochimilco.

Me rió de tu elegancia, aristócrata triste de los medios, el único palacio que te guarda. Tiene usted una elegancia gélida que me quema despacio los orgasmos. Me trastorna su nudo inalcanzable, su velo evanescente de odalisca, su desdén de princesa, sus manos como duendes sobre el piano. Le confieso un pecado inconfesable: estoy enamorado. Ya sé que usted lo sabe. Mire, madame, yo soy su alumno serio y talentoso. Usted una morena con garbo de andaluza o de gitana, tiene los ojos más hermosos que nunca me han mirado, sus ojos, qué hermosura, se quedan en mis ojos, demorados, como si una caricia profundísima deshojara mis venas, como rosas. Me muero por sus ojos, eso es todo. Claro, ya sé, usted debe pensar que soy muy joven, que todo es pasajero, pero yo sin usted no quiero nada. Usted me desespera, me mata, me enloquece y hasta la vida diera... pum, pum, pum, tres tiros y a otra cosa. Cuando usted me dice m'hijito, ay, madame, cuando usted me dice m'hijito a mí me dan ganas de llorar, de meterme adentro suyo, que tu corazón mi casa.

Entonces, como le decía, usted está en su cama, emperatriz de la soledad, loca hasta los tobillos, yo la miro desde la ventana, me siento un pobre hambriento, un apestado, la miro y me derrumbo en un desmayo sorprendente y maldito, siento en todo mi aliento que usted es mía, que nadie como usted. Salto por la ventana, me arrojo —ya perdido— sobre toda su larga cabellera, le abro un surco en su cuello con mis dedos, me derramo en usted y la estrangulo. No hay milagro de Dios que la rescate. Mire, madame, no he estudiado la sonata porque veré, ando un poco ocupado en otras cosas. No se enoje, señora, no he cumplido, me duele la cabeza y tengo miedo. Desde hace algunos días me he vuelto estúpido, no puedo pensar, no puedo dormir, no puedo. Mucho menos la música. Tocar el piano es como tocarla a usted, sus pechos, eso, sobre todo sus pechos que se instalan, grandiosos, sobre el piano. Y si aprieto las teclas, entiéndame bien, si me mojo los dedos con su leche, si después me los chupo hasta quebrarlos, hasta pedir piedad... dígame usted ¿qué tal me esta saliendo esta sonata? Usted se sienta a mi lado, inclina la cabeza para que yo comience. Yo empiezo por su pelo, por su aliento, me trepo hasta sus ojos, sólo espero tu cruz y mi calvario.

Ay, madame, dejemos el rencor, es poca cosa para gastar la tarde. Me siento más pequeño, el cuerpo flojo con una curvatura inconfundible que recuerda el esclavo, o mejor dicho, a los mendigos de amor. Amor, madame,

mujer, mi señorita, me trajiste al infierno. Y entonces qué me importa tu distancia, te asalto de repente por la espalda, te clavo sobre el piso con mis besos, te hago estallar en trizas desde el hielo, te penetro con furia de estampida, te quebranto, te adoro, te ilumino y me muero. Qué ideas raras, madame, las de mis sesos. Qué extrañas en un joven idealista, un poco confundido pero noble y bastante dotado para el piano. Yo sé que usted me estima como un niño sensible y amistoso. Mire, madame, estoy absolutamente convencido de odiarla.

En tres minutos más usted habrá llegado. Tocaré la puerta de madera con sus nudillos blancos, de cuidada pianista, con sus cuarentaytantos que aún cosechan un respetable número de miradas hambrientas. Espero que no se olvide de traer sus pechos, sus piernas pegaditas a esa cadera en tango, su boca y sobre todo sus ojos andaluces. Madame, yo abro la puerta, como todos los viernes, tengo un aire tranquilo, un poco tonto y la mano derecha detrás de la espalda. Tengo un cuchillo, no demasiado grande, pero sí lo suficientemente ágil como para decirle que la quiero hasta lo más profundo del corazón.